



Los “Cuentos” (1880) de Eduarda Mansilla

Por María Florencia Buret (UNLP)

florencia.buret@gmail.com

En el presente trabajo se analizarán los *Cuentos* de Eduarda Mansilla (publicados en 1880 y reeditados por Corregidor, en el 2011) en relación con los discursos que circularon en el periodismo femenino desde mediados de la década de 1870, respecto de la mujer y de su lugar en la sociedad. En una primera instancia, se evaluará el proyecto literario infantil de esta escritora y las implicancias del concepto de “doble recepción” que se desprende del mismo, pues los relatos están destinados a los niños, pero previamente deben ser aceptados por las madres. En segundo lugar, estudiaremos ciertas constantes observadas en los cuentos: por un lado, las limitaciones de acción de los personajes - ya sea por su situación social, racial o genérica- y, por otro lado, las dos vías de actuación representadas y adoptadas por los protagonistas: extralimitarse (y ser castigado) o aceptar el destino limitado. Las implicancias de una doble recepción y las “lecciones” que se deducen de los cuentos están relacionadas con el posicionamiento ideológico de Eduarda Mansilla respecto de la situación de la mujer: se opone a su emancipación política pero defiende su instrucción y el poder que, desde su rol de madre, puede legítimamente ejercer.

I. La doble recepción en los *Cuentos* de Eduarda Mansilla

Se ha afirmado que para que surgiera una literatura creada específicamente para los niños, fue necesario que previamente cobrara visibilidad la categoría de infancia. En la Argentina, este proceso de visualización comenzó a partir de la realidad numérica que arrojó el primer Censo Nacional, en el año 1869. En este estudio cuantitativo se presenta una imagen de la infancia que es leída a partir de la idea de carencia y necesidad de educación.

Eduarda Mansilla, al intentar producir en español “el género literario de Andersen” (Mansilla 2011: 93) que - según cree - no existe de modo original en este idioma,¹ contribuye no sólo a visualizar la infancia sino también a compensar esa carencia de educación reafirmando implícitamente una idea que circulaba en los periódicos y revistas de época, es decir, la idea de que la misión de la mujer en la sociedad era la de *educar* a sus hijos.

1 Lily Sosa de Newton (2007:213) señala que la uruguaya Petrona Rosende de la Sierra redactó fábulas y letrillas destinadas a los niños. Hebe Molina menciona las “Veladas de la infancia” publicadas en *Panoramas de la vida* (1876) y *Misceláneas* (1878) que contienen relatos enmarcados en donde la nodriza o el capataz de mulas cuentan historias amenas a un conjunto de niños. (2011: 57-8)

Su libro de cuentos está constituido por ocho relatos y un artículo de costumbres titulado “Pascua” en el cual se presenta a la Navidad como “el día de la infancia” (2011:129). Las historias infantiles de Eduarda toman como personajes principales a objetos (una jaulita dorada y un alfiler de cabeza negra), a animales (la ratita Nika, el monito Chinbrú y el gallo Tiflor) y también a personas que se encuentran bajo situación de tutelaje (un esclavo negro en el relato “Tío Antonio”, las niñas Juanita y Elena en “La paloma blanca” y Elvira en “Bimbo”). Eduarda Mansilla manifiesta que la razón por la cual compuso su libro *Cuentos* fue por su deseo de: “¡Vivir en la memoria de los niños argentinos! Penetrar en el hogar por la puerta mágica de la fantasía, y que las madres encuentren en mis cuentos con qué reemplazar esos hoy olvidados, que en mi infancia contaba yo a mi anciana abuelita.” (2011: 94)

En este fragmento correspondiente al prólogo del libro, se ilustran dos escenas que dialogan entre sí para construir la imagen de la escritora. Una pasada, evocada por Mansilla, y en la cual es significativa la inversión de roles que se puede visualizar en el hecho de que es la niña Eduarda, y no su anciana abuelita, quien asume el papel de narradora. Y una segunda escena que nos remite al presente de la enunciación y que estaría vinculada con el discurso de la carencia: los cuentos que hacían las delicias de las generaciones infantiles pasadas se han olvidado pues “el tiempo ha ido borrando los contornos de *La Hormigueta, del Caballito de siete colores, [y] de Juan sin miedo*”. (2011:94) Estas dos escenas que subrayan, por un lado, la aptitud narrativa de Eduarda y, por el otro, el déficit de historias con el que está creciendo la generación infantil presente, son las que posibilitan a Mansilla autopresentarse como un sujeto autorizado para suplir esa carencia de su tiempo. Gracias a su temprana vocación narrativa y a su reconocido desempeño como escritora,² Eduarda es legítimamente capaz de reiniciar el ciclo narrativo a partir de su propia escritura ya que sus historias serán leídas por las madres a sus hijos y, con suerte, relatadas también a las generaciones venideras. “Feliz yo, si mis narraciones llegasen a popularizarse, reemplazando hasta cierto punto las ya olvidadas.” (2011:94)

En el fragmento anteriormente citado se puede verificar así mismo que Eduarda Mansilla ubica en el papel de mediadora a la figura de la mujer. Esta situación imaginada por la autora está en sintonía con aquel discurso que anteriormente mencionábamos respecto a la función social de la madre.

Por ejemplo, en 1875, cuando comienza a publicarse *La Ondina del Plata*, una revista destinada al público femenino y dirigida durante seis años por Luis Telmo Pintos, puede leerse en su prospecto ese discurso social que circula en la época:

² Eduarda Mansilla ya había publicado tres novelas: *El médico de San Luis* (1860), *Lucía Miranda* (1860) y *Pablo o la vida en las pampas* (París, 1869), algunas de las cuales habían sido reeditadas.

“nos proponemos secundar, en nuestra humilde esfera, los loables esfuerzos de las madres en la tarea ardua, trabajosa pero noble y fructífera de la educación moral e intelectual de sus hijas. Para ello hemos adoptado el medio más propio y conducente al logro de nuestros propósitos: La publicación de un periódico.” (OdP 1875, I: 2)

Es justamente en esta revista en donde circulará el 2 y 9 de noviembre de 1879 la “La jaulita dorada”, el primer cuento infantil de Eduarda Mansilla. Consideramos que este dato no es menor si partimos de la situación legal y social de la mujer en el último cuarto del siglo XIX. El Código Civil de 1871 la consideraba como un sujeto con escasa capacidad, por ello una vez casada no dejaba de ser tutelada, su marido reemplazaba en el papel de tutor al padre. Pese a este estado legal, la mujer comienza a construir legítimamente su poder desde el seno del hogar.

El hecho de que el primer relato infantil de Mansilla haya sido publicado inicialmente en una revista destinada a mujeres, es relevante porque permite ver cómo esta literatura específica surge en respuesta a una demanda social existente, en la cual la mujer asumirá un rol central: la instrucción moral e intelectual de los niños. Serán las madres las encargadas de aceptar o rechazar esos relatos, según los consideren o no pertinentes para la educación de sus hijos. Eduarda Mansilla pone al descubierto ese “poder” de las mujeres cuando, en el prólogo, desea “que las madres encuentren” en sus cuentos los reemplazos adecuados a esos relatos ya olvidados. En este sentido, las mujeres no serían simples mediadoras de las narraciones infantiles sino también evaluadoras y, en cierto sentido, receptoras directas de esos cuentos, pues las lecciones que se deducen de ellos también se adaptan a la situación que viven las mujeres del siglo XIX.

El cuento de Eduarda publicado en *La Ondina del Plata* en 1879, por ejemplo, está en consonancia con el discurso crítico acerca de la ambición materialista y sus consecuencias sobre la elección matrimonial. Allí se cuenta la historia de una coqueta jaulita dorada que desde que salió de la fábrica deseó encontrarse en un ambiente que estuviera a tono con su fineza. Si bien en el almacén, la jaulita era admirada por Camilo, un muchacho de 12 años que solía cuidarla pasándole el plumero, este galán no condecía con las aspiraciones sociales y estéticas de la jaulita pues, además de ser pobre – y consecuentemente no poder adquirirla- era “cojo, feo” y “ligeramente encorvado” (98). Cuando finalmente fue comprada, sus nuevos dueños la llevaron a una lujosa mansión en la cual se concretaron todas sus aspiraciones. Allí le dieron como huésped un hermoso canario. Al principio, la jaulita sufría porque el pajarito se chocaba fuertemente contra sus duros alambres pero luego, cuando el animal logró adaptarse a los límites de su existencia, ambos lograron ser felices. Pero esa felicidad fue breve: una noche el gato de la casa mató al canario y la jaulita sin ser limpiada fue llevada inmediatamente al sótano del hogar. En ese depósito, permaneció sumida en la pena hasta que finalmente Camilo llegó para rescatarla: “Yo me la llevaré, si es que la señora me la da” (103). Es así

como la jaulita fue llevada a la modesta y pequeña vivienda del muchacho quien no sólo la limpió sino que además le dio como huésped un travieso jilguerillo. De esta forma, la jaulita al aceptar sus nuevas condiciones de vida -olvidando sus iniciales aspiraciones de lujo-, consiguió tener una vida modesta pero feliz. La lección, obviamente, se deduce de esta recompensa.

Los cuentos infantiles de Mansilla no sólo tienen como receptor directo a los niños sino también, implícitamente, a las mujeres. Hasta aquí he tratado de visibilizar esta “doble recepción” haciendo referencia, por un lado, al medio gráfico por el cual inicialmente circuló el cuento - una revista destinada específicamente al público femenino - y, por otro lado, señalando cómo el mensaje que deja “La jaulita dorada” participa indirectamente de las reflexiones que circulaban sobre la actuación de la mujer en la sociedad en el último cuarto del siglo XIX.

A continuación, analizaremos algunos elementos que aparecen de manera reiterada en los cuentos y de los que se pueden deducir pautas de conducta social destinadas tanto al niño como a la mujer. Desde nuestro punto de vista, las enseñanzas de los relatos se encuentran en sintonía con el posicionamiento ideológico de la autora contrario a la emancipación política de la mujer, pero a favor de su instrucción y del acrecentamiento de su poder en el hogar.

II. La vivencia de los límites en los *Cuentos de Eduarda Mansilla*

Los cuentos infantiles de Eduarda Mansilla se caracterizan por presentar personajes que sufren la experiencia del encierro y la falta de libertad debido a diferentes factores: normativas sociales, prohibiciones, subordinación a un amo o a una situación social determinada, o bien, por problemas físicos. Estas circunstancias limitan el accionar de los personajes, quienes se encontrarán ante la disyuntiva de aceptar el destino que le tocó en suerte, o bien, rebelarse y transgredir esos límites.

En el contrario, aquellos personajes que aceptan y aprenden a adaptarse a esas limitaciones, reciben una recompensa. Algunos la disfrutaban en la vida terrena, tal es el caso de la jaulita dorada – el cuento que anteriormente comentábamos - quien, luego del ataque del gato y su descenso al sótano, limita sus elevadas aspiraciones sociales y es recompensada en esta vida con esa segunda oportunidad, modesta y en cierta forma “feliz”. Efectivamente, el “paraíso” espejado en la lujosa mansión, no se puede recuperar ya que fue imaginado con esa ingenuidad que deriva del hecho de desconocer el sufrimiento.

También es recompensada Elvira, el personaje de “Bimbo”, luego de haberse arrepentido de sus malos actos. La niña Elvira y su perrito Bimbo fueron felices durante el tiempo en que el pequeño King Charles estuvo saludable. Cuando el perro enfermó de sarna, sus dueños lo encerraron en un cuarto oscuro y sólo sobrevivió gracias al auxilio de una ciega que vivía en el fondo de la morada de Elvira. Pasado cierto tiempo, Bimbo se sintió sano y encontró abierta la puerta de su prisión.

Corriendo fue a buscar a Elvira por la mansión. En una de las habitaciones de aspecto abandonado, la encontró: “a pesar de la máscara repugnante, horrenda que la peste imprime sobre aquel rostro juvenil y bello, Bimbo reconoció a su amada dueña” (2011:146). Contento la saludó y lamió su rostro. Su ama viendo cómo el perrito no la rechazaba, se arrepintió de haberlo abandonado cuando él se encontraba enfermo. Como la niña aprendió de esta situación límite que le tocó vivir, fue recompensada en vida: “Es fama que Elvira fue la única de la familia que no quedó marcada de la viruela. El médico lo atribuye a su activo y tenaz empleo de depurativos [...] pero entre la servidumbre de la casa todos repiten [...] Es la lengüita de Bimbo que no ha cesado de lamer y lamer, la pobre carita enferma” (2011:147).

En el libro de Mansilla, hay otros personajes como el monito Chinbrú, el esclavo Antonio y la lisiada Juanita quienes tienen una vida plagada de sufrimiento y pena. Y, como veremos, estos personajes recibirán su recompensa *post-mortem* según la concepción cristiana con la que se cierra el libro de cuentos: “Hay sin embargo quien cuenta y pesa esas existencias especiales; y llega[rá un] día no lo dudo, en que aquel que a mucho aspiró y mucho sufrió, alcanza[rá] más allá de la vida, lo que los cristianos llaman la bienaventuranza...” (2011:190)

En el cuento “Chinbrú” se visualiza esta interpretación cristiana de los sufrimientos terrenales y la muerte. Chinbrú es un monito que, aburrido de ver siempre lo mismo, huyó de la casa materna. Disfrutó ingenuamente de su libertad hasta el día en que fue apresado por un inmigrante italiano que vio en él y en su organillo una fuente de riqueza. El italiano comenzó a maltratar al animal hasta que un día, al verlo aceptar una fruta de las manos del pequeño Enrique, le dio un mortal latigazo. Cuando el niño regresó a su casa, le contó a su padre lo que había visto. El hombre, conmovido, compró el cuerpo del animal para que el jardinero le diera “piadosa sepultura, debajo de los dos más bellos naranjos de la huerta.” (2011:127)

“Tío Antonio” es el único relato que puede ser catalogado como histórico (Molina 2011:63) pues está ambientado en la época de la independencia y tiene como protagonista a un esclavo negro. Según la voz del narrador, Antonio por pertenecer a la raza negra era naturalmente ocioso y le repugnaba el trabajo (Mansilla 2011:178). El negrito inicialmente se resistió a las limitaciones que le imponía la esclavitud y sufrió por ello muchos castigos y penurias. Su vida mejoró cuando, junto a caballos y gamas, fue regalado al niño Miguel, sobrino de su anterior dueño. En Miguel pudo reconocer a un amo pues el patroncito lo tomaba por blanco (2011:180). A partir de allí, Antonio aceptó su condición de esclavo y siguió sirviendo a la familia, incluso tras la ejecución de Don Miguel por traición a la patria. Luego de obtener la firma de la viuda que lo declaraba libre - único modo de sustraerse a la ley que confiscaba los bienes de los traidores, incluyendo a los esclavos - Antonio siguió trabajando para ella y, luego de un tiempo, rompió el documento para que su nueva

ama pudiera viajar con sus hijos a España con el dinero de su venta. Antonio sirvió luego a otra familia que, poco a poco, fue muriendo hasta finalmente dejarlo libre. En sus últimos años, el leal esclavo fue maltratado por sus hijas. El relato culmina con aquella frase anteriormente citada que sostiene que esas existencias sufrientes alcanzarán más allá de la vida la bienaventuranza.

En el cuento “La paloma blanca”, también la lisiada Juanita logra una mejor vida después de la muerte cuando reencarna, según la cosmovisión infantil de su prima Elena, en una paloma. Juanita y Elena son dos personajes que sufren, respectivamente, limitaciones físicas y sociales. Juanita era paralítica. La niña no tenía más remedio que aceptar la situación que le había tocado vivir y dedicaba sus horas al cuidado de sus muñecas. Elena, por su parte, no acepta los límites que la institutriz inglesa le imponía. La llamaban “la machona” porque no le gustaba jugar con muñecas sino con el trompo y el barrilete. Un día, Elena rompió una de las muñecas favoritas de su prima Juanita y la angustia que este suceso causó en la niña, terminó por enfermarla y a los días falleció. En el entierro, Elena vio una palomita blanca y consideró que era su querida Juanita quien, luego de sufrir tanto en la tierra, había sido recompensada.

Hay otros personajes que no aceptan y transgreden las limitaciones que le son impuestas, recibiendo por ello un castigo. En el cuento “Tiflor”, el gallito luego de vivir un período de felicidad plena, rodeado de sus coquetas gallinas, es desplazado de su cumbre social por un gallo más grande. Pide venganza a la diosa griega Némesis y pronto sus deseos se concretan cuando un zorro ataca el gallinero y devora no sólo a su enemigo sino también a sus amadas gallinas. Su no adaptación a la nueva realidad hizo que él también cometiera un acto de desmesura y su castigo fue vivir con remordimientos: “a veces en las altas horas de la noche suele oírse un *cocorico* extraño [...] [e]s el gallito errante que se acusa, que se lamenta.” (2011:154)

En los dos cuentos que resta comentar, los personajes tampoco aceptan los límites que les son impuestos y pagan su *hybris* con el fin de su existencia. El alfiler de cabeza negra, por ejemplo, que se creía superior y no aceptaba que era igual a sus congéneres, termina sus días, descabezado. Del mismo modo, en “Nika”, Mansilla nos cuenta la triste historia de una desobediente ratita que, desoyendo la prohibición de su madre de salir de su cueva, se dejó encandilar por el lujo de la casa en la cual ella y su familia habitaban. Curiosa, recorrió las habitaciones y dejándose cautivar por el aroma de un queso fresco, cayó en una trampa y terminó ahogada por las manos del niño de la casa.

Si tuviéramos que recurrir a una única imagen que nos permitiera pensar, en forma conjunta, en las distintas situaciones que atraviesan los personajes de estos cuentos, sin duda elegiríamos aquella que está presente en el primer cuento de Eduarda: el canario siendo colocado en la jaulita y chocando contra sus dorados e inertes hilos. El mensaje que se desprende de estos relatos es que sólo aquellos personajes que logren, como el canario, aprender a vivir dentro de los límites que impone la

sociedad, sobrevivirán con la posibilidad de alcanzar un estado relativo - aunque concreto- de felicidad, diferente a la felicidad ilusoria e ingenua que conduce a los personajes a extralimitarse.

Las limitaciones que ellos vivencian se asemejan a la falta de libertad y al encierro que, en la sociedad civil, experimentan tanto los niños como las mujeres, situación que permite que ambos destinatarios se identifiquen con los distintos personajes. Consecuentemente, el mensaje que se deduce de estos cuentos no sólo podrá ser útil a los niños sino también a las mujeres (por esta razón, no resulta extraño que inicialmente el cuento “La jaulita dorada” circulase por una revista femenina).

Finalmente, cabe señalar que en la constitución de este proyecto literario infantil es posible el observar el posicionamiento ideológico de Eduarda Mansilla con respecto a la mujer. “Yo lo confieso, a trueque quizá de arrancar ilusiones a algunos de mis amigos: no soy partidaria de la emancipación de la mujer” (Citado por Molina 2011:43). Sin embargo, como señala María Rosa Lojo, si bien Mansilla “no abogó por la plenitud de sus derechos civiles y políticos para su género [...] sí mantuvo un constante reclamo en cuanto a los derechos educativos.” (Lojo 2007: 157). En la producción de su libro *Cuentos* es posible leer este doble posicionamiento de la autora. Por un lado, en el prólogo, Eduarda reafirma la idea de que la misión de la mujer en la sociedad es la de educar a los hijos pues le otorga el poder de aceptar o rechazar los cuentos según los considere o no apropiados para la educación moral e intelectual de los niños. Pero la condición implícita para desempeñar ese papel es su propia educación. Por el otro, para observar su rechazo a la emancipación política y civil de la mujer, es necesario percibirla como destinataria directa del mensaje que se deduce de sus cuentos, relativo a la necesidad de aceptar los límites para poder sobrevivir en la sociedad.

La defensa de la instrucción femenina, en aquel momento histórico, era el modo de luchar por la causa de la mujer, sin transgredir explícitamente los límites. La educación se presentaba como un medio viable para que la voz de la mujer saliera de la esfera privada y comenzara a ser oída en la esfera pública sin ser censurada. Contrariamente, las voces femeninas que se alzaron, a fines de la década del 70, a favor de la emancipación - tal es el caso de Eufrosia Cabral y Raymunda Torres y Quiroga- fueron criticadas por las propias mujeres en distintos artículos de revistas.

Teniendo en cuenta esto, una lectura contextualizada del posicionamiento ideológico de Eduarda Mansilla ubica a la escritora dentro de lo que Néstor Tomás Auza denominó la “primer corriente del feminismo” caracterizada justamente por la defensa una verdadera instrucción de la mujer – verdadera en el sentido de no frívola- pero también por su desvinculación respecto de la lucha por los derechos políticos.

Bibliografía

Auza, Néstor Tomas (1988). *Periodismo y feminismo en la Argentina: 1830- 1910*, Buenos Aires, Emecé

Lojo, María Rosa (2003) “Eduarda Mansilla: entre la “barbarie” yankee y la utopía de la mujer profesional”. *Gramma*, Año XV, N°37, Univ. del Salvador, Facultad de Filosofía y Letras, pp. 14-25

_____ (2007) “Cautivas, inmigrantes, viajeros, en la narrativa de Eduarda Mansilla”, *Taller de letras*, N°41, pp. 143-160.

Mansilla, Eduarda (2011), *Cuentos*, Buenos Aires, Corregidor

Molina, Hebe B., (2004) “Los cuentos infantiles de Eduarda Mansilla de García”. *Primeras Jornadas Provinciales de Literatura Infantil y Juvenil*. Mendoza, Facultad de Filosofía y Letras, U. Nacional de Cuyo., 229-40

_____ (2011), “Introducción”, Mansilla, Eduarda (2011), *Cuentos*, Buenos Aires, Corregidor

Fellini y Sansone 1999

Sosa de Newton, Lily (2007). *Las argentinas y su historia*. Buenos Aires, Feminaria.